

# Bibliografía

---

## LECTURAS LATINOAMERICANAS

---

Leo Huberman, *Nosotros, el pueblo (Historia de los Estados Unidos)*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1977, 469 páginas.

Sería recomendable que nosotros, los mexicanos y demás compatriotas de América Latina, nos asomáramos a libros como éste de Leo Huberman, tan claro y objetivo. Nos permitiría comprender mejor nuestros propios problemas y, ni qué decirlo, los que se derivan de la relación ineludible con Estados Unidos de América.

Nuestro poderoso vecino por una parte y todos los países al sur del río Bravo y del Caribe, por otra, son los polos opuestos de este continente. Estados Unidos nos conoce mejor a nosotros, los Estados Desunidos, que nosotros a él. No tanto desde el punto de vista del ciudadano estadounidense común; se entiende que, en comparación con los medios de que dispone (o los que le dejan para disponer), es ignorante. Nos referimos más bien a los círculos sociales de mayor responsabilidad de ambas partes.

Por lo que respecta a la Nueva España (ahora México), sus relaciones con las trece colonias de Inglaterra, asentadas en América del Norte, en el litoral del océano Atlántico, principian en el siglo XVIII, a partir de la independencia de éstas. En aquella época, cuando la corona española estaba en guerra con los ingleses, permitía que los barcos estadounidenses, a los que se consideraba neutrales, tuvieran acceso a los puertos novohispanos, pues los de la metrópoli española no podían arribar a causa del bloqueo enemigo.

Cabe recordar que a su advenimiento como nación independiente Estados Unidos ya era, para empezar, la segunda potencia del mundo en cuestión de marina mercante.

La obra de Huberman es una crónica dialéctica del proceso histórico de Estados Unidos, desde los tiempos de la Colonia hasta el fin de la segunda guerra mundial; es crónica por su forma y se expone conforme a un método dialéctico. Usa de un estilo anecdótico pero no como concesión al lector. Dialécticamente nos muestra cómo las transformaciones y las etapas se suceden, por motivaciones necesarias, resultado del juego o lucha de fuerzas económico-sociales. Lo ameno, en suma, no le resta el necesario rigor: se exponen

estadísticas de fuentes autorizadas y se hacen reflexiones en lo económico, lo social y lo político.

La casa editorial que lo publicó no menciona el título del original en inglés, ni quién lo editó por vez primera ni en dónde; tampoco el nombre del traductor. Es corriente que todos estos datos se mencionen, en bien de la debida autoridad de lo editado. Se sabe que la primitiva edición fue de la conocida revista *Monthly Review*.

Denota esmero la traducción y, tal como está, funcionaría inmejorable y normalmente en algunos países de América del Sur, pero no en el nuestro. Nos abstenemos de criticar la manera como en cada país de la América Nuestra se habla el castellano que, por cierto, tiene menores diferencias que entre las provincias españolas, según dicen los entendidos. La editora debió haber hecho la nada difícil tarea de poner en el habla coloquial de México la versión adecuada de los regionalismos, para que todos comprendiéramos mejor.

La narración empieza por la génesis del pueblo de Estados Unidos. El autor pone especial cuidado en que los lectores no confundan a esas grandes masas con sus conductores en lo social, lo político, lo económico y aun lo religioso. No se explica aquí la historia por la influencia de grandes figuras de personas o instituciones. Estas vienen a ser el resultado sinérgico de las fuerzas que mueven la vida de la nación. Los hechos y las épocas se engarzan por su propia dinámica.

Se relata el cómo y el porqué de las oleadas de inmigrantes hacia América en el siglo XVII. Proviene, primero, del noreste de Europa (Inglaterra, Irlanda, Escandinavia, Holanda). Después se agregarán otros pueblos: los eslavos y los alemanes. Emigran de sus países impulsados por la necesidad de "más y mejor pan", para huir de la discriminación y de las persecuciones de todo tipo.

Desde las tierras de Nueva Escocia, en el septentrión, hasta las de Florida, en el sur, sobre esta larga faja del litoral atlántico de América del Norte, se van extendiendo los nuevos pobladores. De esta parte hacia el occidente, los desplazamientos estarán limitados en un tiempo por la cadena de los montes Apalaches. Se estudia con acuciosidad la influencia del medio geográfico, que determinará con el tiempo la fisonomía geoeconómica de las distintas regiones: en el sur, las plantaciones y, en el norte, la granja de cultivo intenso, las actividades marítimas de construcción naval y la pesca de altura.

Como su título lo indica, se trata de una crónica eminentemente popular. No hay aquí figuras señeras, como ya se ha dicho, alrededor de las que se provoquen los procesos sociales. Los cambios se explican más por las cosas que por las personas, como diría el doctor Mora, nuestro prominente politólogo del siglo XIX.

Las periodizaciones no son solamente cronológicas, sino que se exponen con su propia lógica, a saber: las secuencias de los hechos que provocan en cada caso la mutación, por el juego de las fuerzas contradictorias.

De ese modo, se investiga el germen de la democracia, la que después, en pleno desarrollo, estudió Tocqueville en el

siglo XIX. *La democracia en América* (así se titula el libro de este autor francés) nace en la vida autónoma y casi autosuficiente de los pioneros, los habitantes fronterizos, los que viven en las lindes de las colonias, en abierta lucha con la naturaleza y los indios, originarios dueños de la tierra. Estos colonizadores fronterizos llegaban a las tierras vírgenes con afán inaudito de libertad y, aparte de su lucha contra el medio natural, se trababan en contiendas con sus propias organizaciones y con el Gobierno británico.

Las colonias empezaron a constituirse por la presión política concomitante de sus miembros, quienes se oponen, en defensa de sus derechos, a los funcionarios británicos, aunque, por otro lado, pagan los emolumentos del gobernador, representante del Rey de Inglaterra. Al mismo tiempo, quienes pueblan la costa construyen su propia flota mercante, que puede comerciar ampliamente con muchas naciones y colonias, incluso cuando su metrópoli se encuentra en guerra. Era muy inferior la situación de las colonias de España: mucha menos libertad, así como trabas considerablemente mayores.

Los desplazamientos de la creciente población encuentran una segunda frontera en el río Mississippi, cuando ya están plenamente desarrolladas las trece colonias británicas, desde Maine en el norte hasta la península de Florida. El extraordinario dinamismo de la población no se detiene ante tierras que pertenezcan a Francia o España y, en llegando el momento, pugnarán por incorporar la Florida, la Luisiana y Tejas. No se habían detenido antes ante los dominios originarios de los indios, quienes sufren los consiguientes desengaños, la violencia sistemática de los tratados que celebran con el hombre blanco y, peor aún, son objeto de una política de cínico genocidio que los irá extinguiendo.

De todo esto nos entera el autor. Habrá una tercera frontera que influye en el hito histórico correspondiente: el meridiano de los 98 grados, que atraviesa transversalmente a Estados Unidos, desde casi Minneapolis, al norte, hasta la región de Houston, en Texas. Más allá de éste comienzan las grandes praderas del Medio Oeste. Los sureños ya no encontrarán tierras vírgenes propias para el algodón, que era su principal riqueza, ni los del norte ríos navegables y bosques.

Dos fronteras más hacia el poniente fueron la larga cadena de las Montañas Rocosas, que se prolongan hasta México (en la Sierra Madre Occidental) y, en fin, el océano Pacífico, con la dorada California.

Parece que en la mentalidad del nuevo gran pueblo de América del Norte estuvo y está vivo el espíritu de traspasar fronteras. Y no sólo las suyas, también las ajenas. Ahora mismo, en la contemporaneidad, se habla de las estratégicas, como se apuntó expresamente durante la administración del presidente Kennedy.

Desde sus primeros tiempos, como lo hace notar Huberman, Estados Unidos deslumbra con sus logros: implanta su revolución industrial hacia fines del siglo XVIII, cuando las colonias de España vivían inmersas en el artesanado. En esa misma centuria asombra que la palabra impresa ya sea un vehículo de comunicación con perfiles modernos. Del famoso panfleto de Tom Payne (*Common Sense*), que pugna por la

independencia del país, se imprimieron centenares de miles de ejemplares. A poco de existir como nación libre, su producción de metales útiles rivaliza con la de Europa. Así, llega a principios del siglo XIX con la mecanización de su agricultura, cuando América Latina depende principalmente del arado egipcio. Después de la Guerra de Secesión (1861-1865), ya es el principio de una gran potencia.

Sobre tal infraestructura llegará a constituirse la nación donde, por lógicas razones, el capitalismo alcanza su máximo desarrollo mundial. Así nos ayuda a comprenderlo Huberman, con maestría descriptiva, aduciendo hechos y cifras. De igual manera nos presenta la crisis de 1929, que atribuye fundamentalmente al funcionamiento de la estructura misma del sistema económico y no a razones coyunturales.

La etapa de “los alegres veintes”, época que precedió como supuesta edad de oro a la crisis aludida, es igualmente analizada por el autor. Concluye que, ni aun en ese lapso de óptimo crecimiento para el gran país del norte, hubo verdadero desarrollo: ni ocupación plena o francamente alta, ni el producto nacional llegó a distribuirse en forma equitativa.

El sistema económico-social del *new deal*, establecido por el presidente Franklin D. Roosevelt y su administración, que no constituyó un cambio revolucionario, tuvo la virtud de movilizar al pueblo estadounidense en defensa de su verdadera libertad económica. Fue el mejor remedio, dentro del sistema, para atajar la crisis aludida, con todo y que fue muy combatido por quienes mejor lo aprovecharon: los capitalistas. No sólo quedó su recuerdo, sino también obras que han perdurado, como las del Valle del Tennessee, con todo y que el organismo que las administra, el Tennessee Valley Authority, fue poderosamente combatido, durante el régimen presidencial de Eisenhower, por las grandes empresas productoras de electricidad. Por la lógica implacable de la necesidad histórica, los propietarios del sistema de libre empresa impidieron que la reforma de Roosevelt modificara las estructuras tradicionales; por la misma razón, los trabajadores del campo y de la ciudad no quisieron o no pudieron obligar al Gobierno a llevar la reforma hasta sus últimas consecuencias. Esas causas hicieron que grandes sectores del pueblo estadounidense nunca recibieran ayuda del *new deal*. Quizá los salvó el hecho —y parece mentira afirmarlo del país más rico de la tierra— de que desde siempre estaban casi marginados de la vida económica.

La muy mediatizada política exterior del *new deal* en los prolegómenos de la segunda guerra mundial, al mismo tiempo que titubeante, se sumó a la fementida *no* intervención en el levantamiento de los generales españoles contra su legítimo gobierno. Casi por cuestiones mecánicas entró al conflicto en Europa, aunque permanece el saldo positivo de *no* haber intervenido en México con motivo de la expropiación petrolera.

Nada de lo fundamental queda oculto en esta implacable radiografía que Leo Huberman hace de su país. Los hechos que expone son tan elocuentes que no es necesario recomendar al lector la reacción que debe abrigar ante su conocimiento. Es un libro aleccionador para nosotros, como se ha

dicho, tanto por motivos de vecindad como por la casi extraterritorialidad de que ahora gozan las empresas transnacionales de origen estadounidense en nuestro país y por las presiones imperiales correlativas. Este libro nos ayuda, con sus luces, a defendernos de la “arrogancia del poder”, como llamó a la política exterior de Estados Unidos J. William Fulbright, quien fue progresista presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de su país. *Luis Córdova*.

---

## LA GESTA DE UN PUEBLO ENTRE DOS MUNDOS

---

Reies López Tijerina, *Mi lucha por la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, 573 páginas.

“Día y noche todo lo que oía y miraba eran presos enfermos de la mente. Un mundo mucho más raro que el de los presos. No sólo estaba preso, por la fuerza tenía que vivir entre los verdaderamente locos.

”Para sobrevivir era preciso escucharlos, pretender que les creía y que era uno de ellos. Tenía que ver a los psiquiatras, aceptar las medicinas que me daban, de lo contrario, me ponían en el ‘hoyo’.”

¿Solyenitzin? ¿Sajárov? ¿Alguno de los disidentes del régimen soviético, a cuyas declaraciones dedica páginas enteras *The New York Times*? Nada de eso: es una parte, tan sólo, de las experiencias vividas por Reies López Tijerina en su lucha por el derecho al trabajo, a la igualdad y a la preservación de una cultura.

¿Cómo era posible —se decía en Estados Unidos— que un simple indiohispano, cuyo *status* no es superior al de las otras minorías, se atreviera a cuestionar al gobierno del país capitalista más poderoso del mundo? Era necesario meterlo al aro. El juez Bratton, siguiendo las órdenes de Nixon, decidió en 1970 recluir al “Tigre Tijerina” en una cárcel psiquiátrica. Era un individuo (ya lo advertían los informes enviados a Washington) que “padecía esquizofrenia y se creía un dios”.

Confinado entre mil presos, unos de ellos asesinos, otros ladrones o viciosos, no pocos inocentes (pacíficos o peligrosos), López Tijerina pudo apreciar en su real magnitud la libertad que impera en la democracia situada al frente de la defensa de los derechos humanos. Algo habría en la infancia de este hombre —pensaban los psiquiatras— para que tuviera tanto resentimiento, tal ambición hacia una vida que, como indiohispano, nunca podría alcanzar. La psiquiatría tenía la obligación de apagar el monstruoso rescoldo que se advertía en su ser. El tiempo, los gestos, la diaria rutina y los medicamentos, tendrían que cambiar sus hábitos y su manera de pensar.

Después de todo, en la sociedad actual los psiquiatras ejercen más control sobre la gente del que comúnmente se acepta. Jonas Robitcher, autoridad en psiquiatría y derecho, afirma que describir a un sujeto como enfermo mental permite que los poderosos e influyentes controlen la justicia,

lo cual es imposible para los pobres y los alejados del poder.<sup>1</sup>

Se contaba, además, con la ayuda del férreo sistema carcelario, heredado, según afirma Michel Foucault, de aquellos sistemas cuáqueros, tan eficaces para enderezar la conducta y transformar el alma y el cuerpo.<sup>2</sup>

“A lo largo de la historia de Estados Unidos y durante los sucesos contemporáneos —escribe un profesor de ciencias políticas de la Universidad de Boston— es palpable que los ricos y poderosos utilicen la ley para controlar a los pobres y rebeldes. Un cuerpo legal impresionante, poco conocido, opera en forma constante y poderosa para mantener intacta la actual repartición de la riqueza. Además, existe la regulación de los delitos, cuya función es castigar a aquellos individuos que intentan perturbar dicha repartición y alterar el orden existente”. El catedrático añade que la verdadera función de la ley se cubre con la pantalla protectora de la Declaración de Derechos, aunque ésta no alcanza a disimular la inexistencia de la igualdad de los ciudadanos.<sup>3</sup>

Según los psiquiatras de la cárcel-hospital era imposible que López Tijerina fuera sano y valiente, como aparentaba. Era extraño que de niño le gustaran las emociones fuertes; que acudiera a contemplar el huracán, el rayo o la tormenta cuando los padres y los hermanos corrían a protegerse, que hubiera soportado el hambre y la miseria y que ahora luchara únicamente por los ideales de su pueblo.

Para un mundo en el cual, de acuerdo con el estadounidense Kurt Vonnegut, sólo vale quien gana mucho dinero, era incomprensible que un niño lograra alimentarse de las yerbas que recogía su madre en los campos del anglosajón. El padre ganaba 50 centavos de dólar diarios trabajando la tierra ajena, mientras la madre cocinaba todo lo que lograba recoger: quelites, verdolagas, granjenos, agritos, nopalitos, mezquites y tunas. Acompañados de carne de ardilla, conejo, rata de monte, tórtola o víbora, constituyeron el diario alimento de López Tijerina y sus hermanos; a pesar de ello, su energía física (por no citar la fuerza moral) hizo que cierto *sheriff* bien alimentado que intentó balacearlo en Coyote, Nuevo México, corriera despavorido.

Como Zapata, nuestro autor creció pegado a la tierra. Se bañaba en las aguas de los arroyos y los ríos. “Entre el fruto de la tierra y los pechos de mi madre que me dieron la leche de la vida, yo hallaba mucha semejanza.” “La tierra es la madre de todo lo que tiene vida en el planeta y la mentalidad del anglosajón está destruyendo el poder creador de la tierra, del mismo modo en que ha destruido el poder creador de las buenas virtudes de la familia.”

El autor y su prosa forman un mismo personaje: valiente, abierto, sencillo, directo. Quizá un tanto puritano y moralista, pero no a la manera de los ambiguos herederos de los

cuáqueros. Semejante, más bien, a los románticos de la literatura vernácula del siglo XIX mexicano, aunque sin humanarse con la prosa revolucionaria de Ricardo Flores Magón y los periodistas libertarios.

La lucha de López Tijerina tiene como metas principales el cumplimiento de las estipulaciones del Tratado de Guadalupe Hidalgo: respeto a la cultura, al idioma y a las propiedades de los ciudadanos de origen mexicano e igualdad de trato y oportunidades con los demás ciudadanos de Estados Unidos. De ahí que para el rebelde chicano la conservación de las tradiciones mexicanas sea uno de los principales objetivos. “Mi lucha es tanto por la tierra y por nuestro idioma, como por salvar a nuestro pueblo del sistema antisocial, antihumano y antifamiliar del anglosajón y sus aliados.” “El poder mental, moral y espiritual de mi pueblo ha degenerado en la mano del anglo. El anglo ha controlado nuestras vidas y ha educado nuestras mentes durante 130 años.”

Cuando emprendió el estudio de las quejas de los indohispanos en relación con la tierra que les habían robado los anglos, Reies López Tijerina comenzó a comprender que lucharía durante toda su vida. El despojo no se limitaba a la tenencia de la tierra. A los descendientes de aquellos mexicanos que permanecieron en el territorio desprendido a la fuerza también se les había arrebatado “honor, casa, cultura, familia y fe viva en Dios de Justicia”.

Rechazar una escuela que desdeña otra lengua que no sea la inglesa es, para López Tijerina, uno de los puntos esenciales en su batalla por preservar la idiosincrasia de su pueblo. “Me convencí de que no sólo tenía que defender la tierra y la cultura de mi pueblo; era preciso luchar contra una educación que está produciendo una nación de criminales y no criminales baratos.”

El autor de este libro, escrito con extraordinaria claridad y carente de los anglicismos tan en boga en la capital mexicana, desdeñó asistir a la escuela de Estados Unidos. “Yo no fui educado en las escuelas del anglo ni por el anglo. Mi mente quedó libre del acondicionamiento que nuestros hijos reciben en las escuelas del angloamericano.”

En cambio, autodidacto, estudió toda la historia de la propiedad de la tierra en Nueva España y todos los archivos de España, comenzando por el Tratado de Tordesillas de 1494. De ahí pasó al estudio del derecho internacional sobre la propiedad y a la lectura del derecho a la propiedad del pueblo judío. “Como hijos rebeldes tenemos que regresar a la tierra, como lo dejaron escrito los antiguos sabios. Ya lo estamos viendo, muchos pueblos vuelven a sus antiguas heredades. El poder falso y vano de la Casa Blanca ha querido ignorar nuestros derechos y pretende que no tienen por qué darnos atención, pretende que sólo un loco acusa a Estados Unidos de haber robado las tierras de nuestros padres.”

“Nuestro reclamo es tan legítimo o aún más que el de Israel. Sin embargo, muchos de los que en Nuevo México apoyan las peticiones de Israel no reconocen nuestros derechos.” López Tijerina no se equivoca: los capitalistas judíos

1. *U.S. News and World Report*, Washington, 27 de febrero de 1978.

2. Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI Editores, México, 1976, p. 240.

3. Howard Zinn, “La légalisation de l’injustice”, en *Le Monde Diplomatique*, París, julio de 1976.

del mundo entero ayudaron a consolidar, con su dinero, al Estado de Israel. Empero, esos mismos capitalistas, que en su gran mayoría son ciudadanos de Estados Unidos, serían los primeros en poner el grito en el cielo si los indohispanos lograran rescatar tan sólo una parte de los cientos de miles de hectáreas que les pertenecen.

Con la misma validez que lo hace el pueblo judío (no el capitalismo), López Tijerina acude al mesianismo para influir en sus compatriotas. Los profetas de Israel no afirmaban hablar con la voz de la sabiduría humana o anunciar verdades que habían encontrado a través de la investigación o la reflexión. Situado en el elemento mágico, el profeta afirma saber lo que el hombre no podría conocer con el uso de su simple capacidad humana. Así, López Tijerina también se coloca en un sitio no compartido por el científico, el filósofo, el estadista ni el sabio. ¿Por qué lo hace? Por cuestiones de estrategia.

El mesianismo de López Tijerina es ecuménico (asiste a la misa católica, a la reunión de los judíos, a la de los protestantes y a la de los musulmanes negros) y tiene un fin político. "En 1956 tuve una visión: tres ancianos sentados en una nube dijeron 'no hay otro que pueda hacer el trabajo. Hemos recorrido la tierra... sólo él puede hacerlo'." Partió al Valle de la Paz, en Arizona. Después a Colorado y a Tierra Amarilla, Nuevo México. "La prensa no quería que yo apareciera como un héroe del pueblo de la tierra. Ni quería que mi raza me aceptara como un libertador. El anglo durante esos días se empeñó en torcer todas las noticias y envenenar la mente de mi pueblo."

La lucha era ardua, y López Tijerina tenía que enfrentarse al gigante. "Desde el fin de la segunda guerra mundial la radio, la prensa y la televisión no han dejado un sólo día de condicionar al anglosajón sobre guerra, sangre, odio ideológico. Así, a la sociedad anglosajona no le queda lugar para pensar en la justicia y la miseria."

Por otra parte, "el mundo no conocía la verdad sobre la conducta criminal del anglo en el suroeste, porque estaba muy ocupado con sus propios problemas y la prensa norteamericana tiene consigna de no mencionar los derechos de mi pueblo"

De ahí la necesidad de ser repetitivo hasta el cansancio, a semejanza de los sistemas publicitarios utilizados por los medios de comunicación. "Quiero aclarar por qué repito tanto muchas de las cosas que escribo en mis memorias e historia. Es necesario comprender que quiero librar la mente de mi pueblo del acondicionamiento mental del anglo." "Mi pueblo está confuso frente a su propia cultura y a su propio idioma. El suroeste es la frontera donde el anglosajón vació por completo todo el odio que durante 300 años acumuló en contra de España y el Tratado de Tordesillas."

Tras leer este libro apasionante, los mexicanos no dejarán de reconocer que desconocen por completo la historia de nuestros hermanos de raza allende la frontera, de aquellos que protegen más sus valores culturales que quienes viven en la capital de la República. Asimismo, les sorprenderá la

actitud que han demostrado las autoridades y los políticos mexicanos cuando López Tijerina ha acudido en busca de su auxilio.

La reacción del Gobierno de Estados Unidos frente a la actitud combativa del valiente chicano no debe causar asombro a nadie. Después de todo, va en consonancia con su política exterior. ¿Y la de México? En 1958, cuando ya había escapado seis veces de la policía anglosajona y vivía como fugitivo, López Tijerina pensó que podría acudir a la protección de las autoridades mexicanas. Sin más pertenencia que la ropa que llevaba encima se presentó a la Secretaría de Relaciones Exteriores, pero ahí le contestaron que en Estados Unidos no había persecución y le negaron todo tipo de protección.

Desde un principio, sólo encontró ayuda entre las familias mexicanas de condición más humilde, entre algunos periodistas valientes y desinteresados y en la pluma del historiador del magonismo Agustín Cue Cánovas.

En otra ocasión, López Tijerina resolvió consultar al "maestro" Lombardo Toledano, quien se limitó a pedirle 25 000 pesos como honorarios por las gestiones que haría ante el presidente López Mateos, así como dinero para los gastos de la ayuda que nunca brindó a la causa chicana.

Durante ese mismo sexenio, López Tijerina continuó luchando por interesar a las autoridades mexicanas en la situación de sus hermanos de raza. Contaba con algunas relaciones en varias dependencias del gobierno, pero nunca había llegado hasta el Presidente. El robo de los documentos que utilizaba para avalar sus argumentos lo obligó a abandonar de nuevo la capital mexicana, hasta que en 1961 logró entrevistarse con Lázaro Cárdenas. A diferencia del "maestro", el expresidente no se deshizo en vanas promesas, pero advirtió a López Tijerina que si los chicanos no estaban dispuestos a ver sangre tendrían que olvidar toda su lucha. Era la primera postura valiente y honrada que encontraría nuestro autor en ese México "humillado, sin valor para armar una campaña en contra de la historia sangrienta de los Estados Unidos". En 1964 se enfrentaría a la bajeza y la corrupción. Al ser arrestado por varios agentes de la policía judicial, que durante horas escucharon la historia del luchador chicano (sin comprenderla, desde luego), fue despojado de sus documentos y sus ropas, quedando semidesnudo; el ultraje terminó cuando el "guarura" mayor le advirtió a López Tijerina que sería deportado y que si regresaba a México "lo encerrarían en prisión 10 largos años". "Llegué a Nuevo México con el rostro apagado y el corazón en luto. De luto, no por mí sino por el pueblo al que tanto le había yo levantado el ánimo hablándole de nuestra Madre Patria, México."

No faltarán quienes piensen que la anglofobia del autor es excesiva. A veces las causas nobles requieren excesos. Muchos países acostumbran dirigir su xenofobia a pueblos enteros con fines sanguinarios. No está de más que alguien se lance ideológicamente en contra de los anglosajones, si la meta es recuperar la tierra y la dignidad y preservar la cultura.

Por otra parte ¿cuál ha sido la respuesta de las autorida-

des de Estados Unidos para López Tijerina? Además de la cárcel y el acoso psiquiátrico, su primera esposa vivió en hoyancos cavados al pie de los árboles, cubiertos apenas con láminas recogidas en los basureros; ésta se divorció de López Tijerina para poder trabajar y así proteger a los hijos. La segunda esposa fue violada repetidas veces y uno de los hijos pequeños fue víctima del estupro. Todo perpetrado por la policía del anglo.

La obra está prologada por Jorge Bustamante, decidido y destacado promotor de estudios sobre los chicanos y de las relaciones entre éstos y los mexicanos. Bustamante señala la importancia del movimiento, brinda los antecedentes históricos de quienes quedaron más allá de la frontera después del despojo territorial e incluye una valiosa bibliografía.

Asimismo, recoge las palabras de Walt Withman, el llamado poeta de la democracia: "Nos complace envolvernos en pensamientos acerca de la futura expansión y poder de esta república —porque en su incremento está el incremento de la libertad y felicidad humana... ¿qué relevancia tiene un México ineficiente, con su superstición, su bufonería sobre la libertad, su actual tiranía de unos cuantos sobre la mayoría; qué tiene que ver todo esto con la gran misión de poblar el nuevo mundo con una raza noble? Hagamos nuestro el arrollar con todo fermento de despotismo anacrónico que se interponga en nuestro crecimiento."

Así, hasta la pluma que cantara a Lincoln, el poeta admirado por Martí, conservaba en su visión hacia México, entre algunas verdades, la mentira infamante de la inferioridad racial. *Graciela Phillips*.

---

## LOS "ROTHSCHILD" MEXICANOS

---

Varios autores, *Formación y desarrollo de la burguesía en México. Siglo XIX*, introducción de Ciro F. S. Cardoso, Siglo XXI Editores, México, 1978, 286 páginas.

Don Gregorio Mier y Terán, acaudalado español, confidente de Iturbide, nuestro primer Emperador, era llamado allá por 1830 "el Rothschild mexicano", no sólo por su riqueza, sino también por sus ligas financieras, políticas y de estrecha amistad con el Estado. Así lo fueron algunos de los célebres barones Rothschild. Salomón, en Viena, vive y prospera cerca del príncipe Metternich. Natan, en Inglaterra, negocia empréstitos para Wellington, el vencedor de Waterloo. La casa Rothschild, en acuerdo con el primer ministro inglés Disraeli, adquiere gran parte de las acciones de la gran empresa del Canal de Suez, etcétera.

Mier y Terán puede dar el prototipo de los financieros a que se refiere este libro. Se enumeran (seguidos cada uno con paréntesis, donde se menciona el nombre del investigador respectivo): Manuel Escandón (Margarita Urías Hermosillo); la casa Martínez del Río (Guillermo Beato); los Béistegui (Rosa María Meyer C.); el dicho Mier y Terán (Shanti Oyarzábal Salcedo); Isidoro de la Torre (María Teresa Huerta); Francisco Somera (María Dolores Morales); Patricio

Milmo (Mario Cerutti); Valentín Rivero, Comercio e Industria en Nuevo León (Roberto C. Hernández Elizondro).

La mayor parte de estos empresarios corresponde a la década de los años 30 del siglo pasado. La minoría es de los decenios siguientes y alienta hasta el último tercio de la centuria. No hubo preocupación por colocarlos cronológicamente en este simposio, según su coordinador Ciro F.S. Cardoso.

Las monografías respectivas se elaboraron en un Seminario de Formación de Grupos y Clases Sociales, del Departamento de Investigaciones Históricas del INAH, apoyado por su director Enrique Florescano.

Estos estudios, que tienen un aire genealógico y aun heráldico, no entran propiamente en el campo de la biografía. En realidad, constituyen con acierto exposiciones, principalmente de carácter histórico-económico, sobre los grandes negocios en el México del siglo XIX. En su trasfondo está, por supuesto, la actividad económica del país en los años más dramáticos de su nueva vida, que se va arremansando en los largos años de la dictadura de Porfirio Díaz.

El doctor Cardoso, coordinador del simposio, en meditando páginas preliminares establece el correcto marco de las investigaciones. Si bien el empresario es el protagonista por necesidad, lo más interesante es estudiar los *enriquecimientos* (cita a Pierre Vilar). "¿Cómo se puede ganar dinero, acumularlo, conservarlo? ¿Qué etapas se pueden percibir en las carreras empresariales? ¿Qué factores explican los éxitos y los fracasos de las operaciones? Este tipo de preguntas puede ser abordado últimamente a través del enfoque monográfico... ", aunque no sea precisamente microeconómico de las empresas, que si es así de ceñido —prosigue el coordinador— nos obliga a ignorar el contexto económico-social entero y las vinculaciones con el capitalismo internacional. Concluye, a la manera de Schumpeter, que el empresario es el "motor" fundamental del progreso económico, libre en la acción y la elección económicas.

También se podría caer, agregamos, en la mera tónica biográfica y aun sensacionalista, como en las *Sixty Families*, de Lundborg, obra en que se describe a los multimillonarios norteamericanos.

Añade el coordinador que este problema se complica por el hecho de ser tan mal conocida la historia económica y social del siglo XIX mexicano, antes de la década de los setenta. No obstante, se sabe a ciencia cierta que, por su debilidad financiera, los gobiernos del México independiente se vieron obligados por muchos años a solicitar préstamos frecuentes a los grandes comerciantes, a cambio de hacerles concesiones y abrirles la posibilidad de especular con la deuda pública. Los prestamistas, de ese modo, mediante presiones obtenían ventajas importantes. Tales eran las concesiones que obtenían para manejar como "iniciativos", en provecho personal, obras y servicios públicos: aduanas, correos, mantenimiento de caminos, amparados en los medios coercitivos del Estado.

Don Manuel Escandón, dice Cardoso, es buen ejemplo de lo anterior; agrega que los vínculos con los gobiernos podían a veces ser de tipo personal, como en el caso de Patricio Milmo, casado con la hija del gobernador Vidaurri, de Nuevo León. Este tipo de capitalistas, por cierto, llegó a profesionalizar sus relaciones financieras con el Estado. Mier y Terán prestaba a cualquier gobierno, independientemente de su orientación política. Béistegui también era apolítico en casos semejantes. Sin embargo, como de todos modos se establecían ligas, en los casos de revoluciones y asonadas, entonces frecuentes, los capitalistas se veían forzados a abandonar el país, como Escandón y Somera.

Como estos capitalistas eran en su mayoría extranjeros, tenían por descontada la protección diplomática de sus respectivos países. En casi todos los casos, las relaciones internacionales fueron habituales e ininterrumpidas. De principio, habían recibido esmerada educación en planteles educativos de nota de Inglaterra, Francia y España. Incluso, como Béistegui, solían tener gran parte de sus inversiones en Europa, a donde era frecuente que viajaran con motivo de sus negocios. Eso no deja de impresionar, dada la dificultad de las comunicaciones.

Se afirma que los capitalistas españoles del grupo no sufrieron las consecuencias, en su persona o en sus intereses, cuando ocurrieron las dos expulsiones que fueron decretadas contra los peninsulares al principiar la vida del México independiente porque su peso financiero los protegió. Según Chávez Orozco, el país resintió, por causas de tales destierros, descapitalización importante. Dejó de existir el avío que daba el capital mercantil español a los cultivadores de algodón, afirma Potash en *El Banco de Avío*, obra importante. No se explora en estos trabajos la cuestión de hasta qué punto esta falta de financiamiento provocó una demanda mayor de los capitales que tuvieron la fortuna de no salir de México. De otro modo dicho, si la influencia de los grandes capitalistas tuvo un origen coyuntural o de estructura.

El espectro de tipos de negocios y de negociantes es muy sugerente. Mier y Terán representa al tipo meramente especulador de la Colonia: el prestamista o agiotista, el acreedor hipotecario o censatario, el que avía o refacciona con intereses leoninos. En adelante, conforme el México independiente adelanta bien o mal en el siglo XIX, la variedad tipológica es más rica. Intervienen como capitalistas o aun empresarios en la minería, tan castigada durante la guerra de independencia, actividad en la que habían fracasado nacionales (como don Lucas Alamán mismo) y extranjeros; después, en la industria de hilados y tejidos, muy apoyada por el Estado en la década de los treinta. Suelen intervenir como acreedores, asimismo. Cuando obtienen la adjudicación de los bienes gravados por insolvencia de los deudores, procuran realizarlos porque les interesa fundamentalmente la liquidez, o bien forman parte de las empresas deudoras como socios mayoritarios, con el propósito fundamental de hacerlas solventes.

No todos tienen el carácter "rothschildiano", por sus relaciones influyentes con el Estado, como los norteños; Milmo en Nuevo León, con vasta zona de influencia (es cierto que en este caso hay de por medio relaciones de

familia con don Santiago Vidaurri, gobernador del estado o, mejor, de varios estados, dado su poder); también Valentín Rivero y don Isidoro de la Torre en el noroeste de México.

Los capitalistas del norte se ligaron afortunadamente con los estados confederados, en la Guerra de Secesión estadounidense (1861-1865). Monterrey es el vértice central y necesario de un triángulo. Por tal medio los sureños pueden exportar su algodón a Europa e importar lo que necesitan, dado el bloqueo de sus puertos. Esta "prosperidad" (en tiempos de Vidaurri, rebelde a Juárez) a eso se debe fundamentalmente, no menos que a la vida de la frontera, que empieza a ser muy dinámica.

Los Escandón (Manuel y Antonio) se revelan por su parte como brillantes empresarios en materia de construcción ferroviaria. Aunque dejaron de ser concesionarios, a ellos se les debe en buena medida el establecimiento del Ferrocarril Mexicano, que unió a la capital de la república con el puerto de Veracruz, la primera línea de la red ferrocarrilera nacional (1873).

Los trabajos coleccionados en este libro se basan en documentación de primera mano; los archivos judiciales, los de los notarios que daban su fe pública a importantes contratos y convenios, los del Gobierno federal y los de los estados. Casi no tienen capítulos de conclusiones. Son coloquios abiertos que marcan un principio de investigación. Se transcriben las opiniones de los comentaristas y breves resúmenes de los debates sobre las ponencias. Por cierto que comentarios y discusiones resultan un tanto desalados, en comparación con la enjundia de los trabajos. Pudo suceder que se les sintetizara demasiado.

El doctor Ciro F.S. Cardoso, coordinador de estas monografías y su introductor al público, nos sirve nota preliminar que es excelente, aparte de imprescindible.

Esperemos para el futuro, en vista de lo que ya se anduvo con buen éxito, mayores y más hondas investigaciones sobre quienes deben haber asistido como concurrencia, la más selecta y elegante, al Te Deum del 31 de diciembre de 1872, dedicado por el célebre obispo Labastida y Dávalos a la gozosa inauguración del Ferrocarril Mexicano: nuestro *jet-set* del siglo XIX. *Luis Córdova*.

---

## PARA ESTUDIAR A LOS MILITARES

---

Mario Esteban Carranza, *Fuerzas armadas y estado de excepción en América Latina, Siglo XXI* Editores, México, 1978, 269 páginas.

Desde comienzos del decenio de los sesenta, un creciente número de países de América Latina ha sido escenario de la instauración de dictaduras militares o de regímenes militarizados. En cada caso, los respectivos gobiernos militares presentan rasgos comunes, como el uso más o menos generalizado de la represión contra los trabajadores y los sectores democráticos, el trato preferencial a los intereses económicos

y políticos foráneos y su larga permanencia —contra todo pronóstico— en el poder.

El fenómeno del golpismo —y con él, el de los estados de excepción— ha motivado a buen número de investigadores a indagar sobre las causas inmediatas y de más largo plazo que lo provocan y a definir cada vez con más precisión, las características específicas de cada uno de los gobiernos militares. Intentan, así, participar en la elaboración de las estrategias que permitan abrir nuevos cauces en el devenir político de América Latina.

El comprensible interés por estas cuestiones ha dado lugar a una vasta literatura en la que los autores abordan el asalto de los militares al gobierno desde las más diversas perspectivas metodológicas, abriendo un intenso debate sobre los aciertos e insuficiencias de cada uno de esos enfoques.

La obra de Mario Esteban Carranza se inserta, precisamente, en esa discusión. Para este autor, superar tales insuficiencias requiere de "...todo un replanteamiento de los conceptos fundamentales de la ciencia política corriente: un 'desplazamiento' del terreno epistemológico, un cambio de problemática y —a partir de allí— la elaboración de conceptos nuevos que permitan interpretar las modificaciones que tienden a producirse en la superestructura jurídico-política de las formaciones sociales latinoamericanas en el último cuarto del siglo XX". Es decir: se trata de "redefinir totalmente el marco teórico a partir del cual se suele analizar el tema del golpismo".

¿En qué consiste esa "redefinición" total del marco teórico que propone Carranza?

En primer lugar, superar las limitaciones de los enfoques tradicionales que analizan el golpismo a través de la lucha entre dos "élites", la civil y la militar, o entre "totalitarismo" y "democracia", o entre "sector tradicional" y "sector modernizante". Carranza afirma que para dar cuenta del proceso de politización, del golpismo y de las características de los gobiernos militares (progresistas o regresivos), es necesario situarse en la cuestión general del Estado. Esto es, hay que indagar en la problemática de las contradicciones sociales entre las clases y las fracciones de clase, teniendo en cuenta la correcta explicación de la forma como se articulan los "factores" internos y externos en una determinada etapa de la historia.

Cabe señalar que el autor considera la "alternancia" de esos factores en el predominio sobre una "formación social". De esta manera, en la etapa actual del capitalismo en América Latina —a la que caracteriza como de consolidación del capitalismo monopolista— el "factor" externo es el que predomina, aunque las formas que asume el Estado dependen siempre de "factores" internos de cada "formación social" concreta. Estas distinciones son las que determinan las diferencias específicas entre regímenes como el de Franco, en España, y el de la dictadura militar brasileña.

Sin embargo, al privilegiar los "factores" externos sobre los internos, Carranza no ha hecho más que desplazar la problemática de las relaciones entre las clases y entre las fracciones de clase de una formación económico-social con-

creta a la relación entre países desarrollados y subdesarrollados (o entre "centro" y "periferia", en la expresión dependientista-estructuralista), con lo que no soluciona problema alguno y, en cambio, abre nuevas interrogantes que deja sin respuesta. Tal es el caso —para citar sólo un ejemplo— de las relaciones de clase en los países industrializados. Más aún, este "desplazamiento" le conducirá a afirmar que la coyuntura internacional "sobredetermina" ideológicamente a las fracciones militares, lo que inevitablemente tiene consecuencias nada desdeñables en el plano político.

Para Carranza, el proceso de politización que permite que las fuerzas armadas asuman el control del Estado está íntimamente vinculado con su *profesionalización dependiente* y con los cambios operados en la esfera militar a partir de los años sesenta.

El autor señala que la profesionalización de las fuerzas armadas en América Latina tuvo un sentido diferente al que siguió en los países centrales. En efecto, mientras en éstos últimos la profesionalización fue impuesta por el Estado en un proceso que duró hasta tres siglos, en los países latinoamericanos ese proceso fue muy breve y se debe, principalmente, a la inquietud de un sector del cuerpo de oficiales. Además, dicha profesionalización, al beneficiar a los proveedores de armas de los países industrializados, refuerza el dominio sobre las riquezas naturales de los países de la región.

Esta última afirmación parece excesiva: ¿en verdad requerían los países "centrales" de la profesionalización de los militares para controlar los recursos naturales de América Latina? ¿El tráfico de armas —y de tecnología aplicada al uso militar— era el vehículo idóneo para despojar de sus riquezas a los países del continente?

La introducción de nuevas técnicas militares y nuevos métodos organizativos aceleró el proceso de politización de las fuerzas armadas, aunque aparentemente haya impedido la intervención de éstas en la vida política. En efecto, en los países donde existía un control nacional sobre el sistema productivo, las fuerzas armadas posibilitaron el acceso de los sectores intermedios al gobierno; en aquellos en los cuales la clase dominante no controlaba la estructura productiva, los militares actuaron como el aparato represivo de la oligarquía, para organizar políticamente el predominio del capital extranjero.

Por otra parte, la profesionalización condujo a la politización, pues los militares carecían de la industria básica necesaria para producir armamentos. En la crisis de los años treinta ello dio pie a que las fuerzas armadas se convirtieran en el "eje político" de los populismos. En otras palabras, al impulsar los proyectos de desarrollo capitalista autónomo, las fuerzas armadas confirieron al Estado una relativa autonomía respecto de las clases dominantes.

Sin embargo, al no romper con la dependencia, las respectivas estructuras entraron en crisis, sobre todo durante la segunda guerra mundial; la vieja oligarquía fue incapaz de enfrentar el creciente peso que adquirían tanto la nueva clase



empresarial como el mayor número de obreros industriales. Fue en este marco donde se produjo la crisis ideológica de las fuerzas armadas.

Al finalizar la guerra se inició lo que algunos analistas han llamado “el nuevo militarismo”: acentuación del anticomunismo y reforzamiento de la actitud mesiánica de las fuerzas armadas, que se sintieron llamadas a salvar del derrumbe al sistema capitalista dependiente. Posteriormente, con el surgimiento de los movimientos de liberación nacional, se produjo una nueva crisis ideológica; esta vez por la contradicción entre el “nacionalismo” de las fuerzas armadas y la dependencia político-militar de América Latina respecto de Estados Unidos.

Con la caída de Batista (1959) comienza una nueva etapa, (la quinta revolución institucional, en términos de José Nun), en virtud de la cual “la profesión militar tiende a incluir la política entre sus actividades”. En efecto, a partir de entonces, con el fin de impedir que se repitiera el caso cubano, el Pentágono, de común acuerdo con las clases dominantes de América Latina, comenzó a dictar cursos de lucha antiguerrillera en las bases militares situadas en el Canal de Panamá.

En los años sesenta las fuerzas armadas recibieron “una intensa radiación de demostraciones del peligro marxista y de prevenciones contra él” y soportaron “la continua presión de los ejemplos del *american way of life*”.

En cuanto a la “quinta revolución institucional”, Carranza señala que puede dividirse en dos etapas: antes y después del golpe de Estado en Chile.

Durante la primera etapa, las fuerzas armadas defendieron los intereses del imperialismo en la región, derrocando gobiernos populistas. Empero, a partir de 1968, adoptaron una posición ideológica nacionalista-modernizadora, tendiente a promover el desarrollo autónomo de sus respectivos países.

En la segunda fase, que se inicia a fines de 1973, las fuerzas armadas vuelven a incorporar la doctrina de la amenaza interior, particularmente durante la Conferencia de Ejércitos Americanos, celebrada en Montevideo en 1975.

Carranza señala que los cambios en la profesión militar están íntimamente vinculados con la crisis internacional del imperialismo, con la crisis de la ideología dominante en las “formaciones sociales” latinoamericanas y con la crisis del *esprit de corps*, provocada por el proceso de politización, que da origen a que en el seno de las fuerzas armadas haya diversas fracciones.

Ahora bien, los cambios en la profesión militar se manifiestan en la supraestructura jurídico-política mediante la “redefinición” del papel de las fuerzas armadas. De acuerdo con el autor, estos cambios se explican a partir de las relaciones que establecen los militares —como aparato represivo del Estado— no sólo con las clases dominantes o con las capas medias —de las que procede la mayoría de los oficiales—, sino con todas las clases sociales. Lo anterior implica

analizar la relación de fuerzas y caracterizar la crisis política concreta —crisis hegemónica— en la que las fuerzas armadas asumen el papel de “estrato protector”; es decir, implica un análisis del Estado.

Carranza adopta la definición clásica de Gramsci, según la cual el Estado es la dictadura más la hegemonía y establece que las fuerzas armadas —en tanto categoría social— constituyen un “cuerpo especializado” del aparato burocrático del Estado, el que tiene el “monopolio de la violencia legítima”. Carranza afirma que la definición de burocracia de Max Weber es válida si se lee dialécticamente (*sic*); en consecuencia, considera que la burocracia es autoritaria, impersonal, especializada y privilegia las reglas formales.

Todas estas características hacen de las fuerzas armadas la condición que posibilita la existencia y el funcionamiento de los aparatos ideológicos de Estado. Después señala —citando a Joxe— que las fuerzas armadas son “el único aparato de Estado que produce simultáneamente efectos de dominación y de hegemonía” (*sic*), lo que lo conduce a afirmar que la institución militar “se constituye en partido, actuando como *fuerza social* en la escena política”.

A partir de esta doble —dialéctica? — relación, Carranza descubre la contradicción principal de las fuerzas armadas: la lucha ideológica entre los militares por definirse a favor de tal o cual sector de las clases dominantes. Pero esta contradicción no se limita a los aspectos ideológicos. Hay que incluir los conflictos de intereses económicos que genera la creciente participación de las fuerzas armadas en el presupuesto nacional y la tendencia a ocuparse de ciertas empresas estatales clave. Este doble juego de contradicciones obliga a los miembros de las fuerzas armadas a tomar decisiones “político-partidarias” que van de la “defensa nacional independiente” a la dependencia política, militar y económica respecto de Estados Unidos.

En cuanto al análisis del estado de excepción, Carranza señala —en el sentido poulantziano— que es preciso distinguir los distintos *tipos* de leyes de excepción; establecer el papel que éstos desempeñan en el advenimiento del estado de excepción y, por último, desarrollar el concepto de “estado de excepción” pensando en América Latina y en las formas de fascismo que tienden a surgir en diversos países.

Al final del libro el autor incluye un apéndice en el cual se reproducen varios cuadros que permiten apreciar la importancia de las fuerzas armadas en América Latina, los programas de “ayuda” militar de Estados Unidos y el número de militares de América Latina entrenados en las escuelas militares de Estados Unidos.

Sin menospreciar los datos que aporta Carranza, muchos de ellos ricos en implicaciones teóricas, es necesario advertir que la terminología utilizada en el texto, inherente a la concepción estructuralista —particularmente poulantziana— resulta ser un obstáculo para la cabal comprensión de la obra, ya que oscurece el trasfondo real que trata de analizar. *Angel Serrano.*

---

**obras recibidas**


---

- Xavier Alcalde Cardoza  
*Desarrollo ¿hacia qué? Elementos para una crítica del desarrollo económico*, ed. del autor, Lima, Perú, 1978, 140 páginas.
- José María Calderón R.  
*Las "relaciones industriales" en la gran industria en México (1968-1978)*, Serie Avances de Investigación, cuaderno 34, Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 1978, 31 páginas.
- Centro de Comercio Internacional UNCTAD-GATT  
*Spices: a survey of the world market*, vol. 1: *Selected Markets in Western Europe*; vol. 2: *Selected Markets in North America, Asia and the Pacific Region, the Middle East, and the Socialist Countries of Eastern Europe*, Ginebra, 1977, xx + 281 y xvi + 234 páginas.  
*Especies: estudio del mercado mundial* (ed. en español de las dos primeras partes de la versión original en inglés), Ginebra, 1978, xi + 72 páginas (mimeo.).
- Lucio Colletti (comp.)  
*El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo* (ed. en español ampliada por José Aricó), Siglo XXI Editores, México, 1978, 469 páginas.
- Adalbert Dessau (director) et al.  
*Lateinamerika im antiimperialistischen Kampf. Probleme eines Kontinents*, Akademie-Verlag, Berlín (RDA), 1978, xxiii + 590 páginas.
- Heinz Dieterich  
*Crítica teórico-metodológica de la teoría de la dependencia de Andre Gunder Frank*, Serie Estudios, cuaderno 35, CELA, UNAM, México, 1978, 41 páginas.
- María Angélica Ducci y Ligia Chang  
*Temas sobre la formación profesional de la mujer*, col. Seminarios y Documentos, núm. 29, Centro de Estudios Democráticos de América Latina (CEDAL), San José, Costa Rica, 1978, 105 páginas.
- Marta Dujovne (adaptación de textos) y Lorenzo Amengual (montaje gráfico)  
*La conquista de México* (según las ilustraciones del *Código Florentino*), Editorial Nueva Imagen, México, 1978, 186 páginas.
- Esthela Gutiérrez Garza  
*La determinación económica de las clases sociales en el capitalismo*, Serie Avances de Investigación, CELA, UNAM, México, 1978, 35 páginas.
- Marcos Kaplan  
*Estado y sociedad*, UNAM, México, 1978, 223 páginas.
- Juan Felipe Leal y Rocío Guadarrama Olivera  
*Estado y burocracia sindical. La experiencia mexicana: 1917-1931*, Serie Avances de Investigación, núm. 33, CELA, UNAM, México, 1978, 90 páginas.
- Alejandro Lofi Pineda e Ilia Juscamaita Lora  
*Participación de trabajadores en la gestión de la empresa. Actitudes y comportamientos*, D'Kankan Editores, Lima, 1977, 215 páginas.
- Michael Löwy  
*Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács, 1909-1929*, trad. del francés de María Dolores de la Peña, Siglo XXI Editores, México, 1978, 309 páginas.
- Cayetano Llobet  
*Guerrilla y clase (el caso boliviano)*, Serie Estudios, cuaderno 34, CELA, UNAM, México, 1978, 32 páginas.
- José Antonio Matesanz (comp.)  
*México y la República española. Antología de documentos, 1931-1977*, Centro Republicano Español de México, 1978, 497 páginas.
- Rafael Menjívar  
*La renta del suelo y el desarrollo del capitalismo agrario (acercamiento teórico)*, Serie Avances de Investigación, núm. 35, CELA, UNAM, México, 1978, 33 páginas.
- Luis Pasara  
*Reforma agraria: derecho y conflicto*, IEP Ediciones, Lima, 1978, 184 páginas.
- Sergio de la Peña  
*El modo de producción capitalista. Teoría y método de investigación*, Siglo XXI Editores, México, 1978, 246 páginas.
- Elia Ramírez Bautista  
*Femmes Latino-américaines. Bibliographie*, Centre d'Information et de Recherche sur l'Amérique Latine, Universidad de París, París, 1978, viii + 373 páginas.
- Francisco Szekely (comp.)  
*El medio ambiente en México y América Latina*, Editorial Nueva Imagen, México, 1978, 159 páginas.
- Varios autores  
*La banca de interés social en América Latina*, col. Seminarios y Documentos, núm. 28, CEDAL-Fundación Friedrich Ebert, San José, Costa Rica, 1978, 141 páginas.  
*La salud de los trabajadores. Aportes para una política de la salud*, trad. del italiano de Horacio Serafini, Editorial Nueva Imagen, México, 1978, 251 páginas.  
*El sector de economía laboral*, col. Cuadernos, núm. 8, CEDAL, San José, Costa Rica, 1978, 126 páginas. □